

tomado Galeana, por capitulación de su comandante D. Mariano García Rios. Este hombre se había manifestado muy sanguinario y excesivamente cruel con los insurgentes, por lo cual era visto con odio. Morelos á su llegada, declaró insubistente la capitulación, porque García Rios hizo fuego después de celebrada aquella; y en consecuencia mandó pasarle por las armas en union de otros gefes que tambien quedaron prisioneros. Los bienes de García Rios fueron confiscados, y á todas las personas que lo habían auxiliado con dinero, selles exigió una cantidad igual, como sucedió á una Señora de Ollinalá llamada Doña Maria Rios, comadre del mismo comandante á quien había auxiliado con dos mil pesos.

En dos meses que duró esta segunda campaña de Morelos, desbarató todas las fuerzas de realistas que se opusieron á su paso, reunió bastante armamento, aumentó sus soldados, con sus triunfos alentó á dos que ten distintas partes defendian la misma causa, y su poder se hacia cada dia mas temible en México, lo cual hacia prevenir diariamente mejor los ánimos en favor de la revolucion, y al virey lo hacia dictar medidas con que creia contristar aquel poder y no hacia sino dar pábulo á su crecimiento. Si desde el principio de la insurrección, Hidalgo y sus compañeros en lugar de levantar una llamarada de petate, hubieran observado la conducta prudente y en que se reflejaba todo el fondo de buena razon de que estaba dotado Morelos, la independencia habria sido el fruto de un barto aunque heroico esfuerzo, y México no se habria amañado en la escuela de la filosofia revolucionaria, que tan amargas decepciones le ha causado.

CAPITULO XIV

Toma de Zitácuaro por Calleja, acciones de Tenango y Tenancingo; y entrada de Calleja á México.

Grande era la inquietud que á Venegas causaba el poder que adquiria la revolución por el Sur, así con los progresos del cura Morelos, como por la fuerza moral que adquiria con el establecimiento de una junta que representara la soberanía de la nación mexicana; y para desembarazarse de estos obstáculos, habia querido que Calleja con el ejército del centro, marchara sin pérdida de tiempo á desbaratar aquellos poderes que amenazaban concluir con el de los virreyes; pero Calleja creyendo que su retirada de las provincias del centro, seria causa de la repartición de grandes masas de insurgentes y poco deseoso de satisfacer los deseos de Venegas, hacia quien era notablemente desafecto, no cumplió con la misión que se le daba, sino después de repetidas órdenes, y con bastante repugnancia y lentitud.

Dió primero todas las órdenes convenientes para que los lugares de la provincia de Guanajuato estuvieran á cubierto de un golpe de los insurgentes, durante su ausencia, lo cual no logró ver realizado; dispuso que la fuerza del coronel Garza pasara á ocupar los lugares de Acámbaro y Maravatio, para que unida con la de Castillo Bustamante que operaba en Valladolid, hicieran todos los preparativos para el peligroso ataque que se proyectaba; y por último salió con el resto de la fuerza, deteniéndose muchos dias en Maravatio, para conferenciar con el obispo de Michoacan y Trujillo comandante militar de la misma provincia, que salieron allí con ob-

Original de la Biblioteca Nacional de México
 Vol. 100, p. 197

jeto de conferenciar sobre el modo de dar con mas acierto, el golpe que destruyera el poder de la suprema junta.

Esta no obstante la ventaja de la plaza fuerte que tenia el número de soldados con que contaba y el entusiasmo que le daban los dos triunfos de la guarnicion, sobre Torre y Emparan, no dejaba de hallarse en una posición difícil, porque ya sus individuos no obraban con el acuerdo y union, que pueden dar la fuerza: ya para este tiempo, Rayon se quejaba con Morelos en una carta, de que sus compañeros le ocasionaban serios disgustos por su genio pueril y su carácter débil. Y tal vez ni hubiera sido necesaria la acción que dió Calleja, á no ser porque con las victorias de Morelos y con los últimos acontecimientos de Zitácuaro, se reanimó el espíritu de los individuos de la junta.

El Dr. Cos despues de estar preso en Querétaro, pasó á la capital por orden del virey, teniendo obligacion de presentarsele todos los dias, hasta que á Venegas le pareció ordenarle se volviera á la provincia de Zacatecas á su curato de San Cosme; pero habiéndolo encontrado en el camino una partida de insurgentes al mando del cura Correa, lo llevaron á Zitácuaro, donde se le vió primero con alguna desconfianza, hasta que al fin se decidió abiertamente por la causa de la independencia, y este hombre contribuyó mucho con sus luces á reanimar el espíritu público, que estaba decayendo á causa de las desayencias de la junta.

En esos dias tambien llegó á Zitácuaro el capitán de fragata D. Manuel Céspedes, hecho prisionero en Tepeji del Rio, al ir á tomar el mando de la fuerza que se le habia destinado. Rayon le preguntó, qué habria hecho con él si lo hubiera tomado preso, y contestó Céspedes, que lo habria hecho fusilar inmediatamente; el Sr. Alaman cree que estas palabras fueron su sentencia de muerte; pero esto seria atribuir al presidente de la junta una absoluta ligereza, y mas bien parece que con

anterioridad se le habia destinado para este triste fin segun los principios con que se juzgaban los enemigos de uno y otro partido, esperando solo que se aliviara de las heridas que habia recibido al tiempo de su aprehension. La cabeza de este deserañado, con las de otros europeos que en su compañía se hicieron fusilar, las de muchos oficiales que habian muerto en el ataque que dió Torre á aquella misma plaza y en la acción de Tenango donde Portier sufrió el descalabro de su fuerza; y las de D. Tomas Ortiz sobrino del cura Hidalgo con otros de sus compañeros á quienes la junta hizo fusilar por sus rapacidades, todas fueron fijadas en escarpas y colocadas en derredor de la ciudad, que no dejó de manifestar su feroz regocijo por aquel pavoroso cuadro. Tal era el odio que se tenían ambos partidos y á tan lamentable ceguedad conducen las pasiones mal dirigidas.

Segun el plan que Calleja habia formado, mientras él marchaba al ataque de la plaza por el camino de Tuxpan para ocupar la cañada de los Laureles, Portier debia ocupar el camino de San Mateo para interceptar la comunicacion de los defensores de la plaza con las fuerzas que ocupaban los lugares de Tenango y Tenancingo; pero no pudiendo ocurrir las fuerzas que debian reemplazar á Portier en Toluca, porque despues de la victoria de Morelos sobre Soto Maceda, hubo necesidad de reforzar la guarnicion de Puebla, Calleja se decidió á dar el ataque con solas sus fuerzas, para lo cual marchó de Maravatio, superando con un esfuerzo grande, asi las dificultades que tenia el camino por la naturaleza, como las que se habia cuidado de crearle abriendo zanjas, obstruyendo los pasos con grandes árboles y piedras. Despues de esta lenta y penosa marcha, el gefe español llegó á estar con su ejército frente á la plaza el dia 1º de Enero de 1812.

Esa tarde practico Calleja un reconocimiento á la estensa fortificacion de la plaza: y mientras esto hacia, apareció en el

cielo una nube que se estendia y prolongaba formando la figura de una palma. El acontecimiento era demasiado natural; pero el general español, siguiendo el sistema planteado desde la conquista, de hallar en todo acontecimientos prodigiosos para testificar que el cielo bendecia su dominacion en este suelo, dirigió la palabra á uno de los gefes que lo acompañaban: "Echegaray, vea V. la palma; nuestra es la victoria." Este juicio que tenia aires de profético, se estendió por toda la columna, que llenó de vivas á su general. Hecho el reconocimiento de la linea enemiga y formado el plan de atacarla al día siguiente, se retiró Calleja á su campamento para dictar todo lo conveniente á la ejecucion de su proyecto.

Por aquella tarde estuvieron á la vista los dos ejércitos, muy desiguales así en número como en disciplina; pero ambos envanecidos con los perfumes de sus laureles. El ejército de Calleja vencedor en Aculco y Calderon, creeria cerrar con esta accion el número de sus victorias, y volver á procurar el descanso de sus penosas fatigas, despues de haber cooperado eficazmente para remachar el collar de esclavitud puesto á este pueblo por espacio de tres siglos; mientras los defensores de Zitácuaro, aun oian los últimos acentos del himno de triunfo que sus guerreros entonaran al hacer doblar la cerviz á las huestes reales, conducidas á aquel lugar de su desgracia, por el desdichado Torre que murió apedreado como un infame, y por Emparan que llegó allí á empañar el lustre que sus armas adquirieron en Pabellon, completando la ruina de un ejército ya casi vencido por una larga y fatigosa marcha.

El recuerdo de estas catástrofes que aun estaba fresco en las calvas rocas de las montañas que habian sido teatro de tan sangrientas escenas, no dejaria de inspirar algun pavor en el ejército realista, que solo podia tener confianza en la pericia de sus gefes, la regularidad de su organizacion y la ventaja de su armamento, y equipo; por el contrario el ejército inde-

pendiente, moviéndose en grandes masas como las olas de un lago cuando se agitan por el huracan, fiaban en su creciente número, en las trincheras que cubrian sus pechos, y muchos, que tenian la conciencia de sus derechos, ponian su principal confianza en la justicia de una causa conculcada por el transcurso de los siglos y que despues de ellos iba á reaparecer sobre la tierra, mostrándose sobre el paño funerario en que la habian envuelto los audaces castellanos capitaneados por Hernando Cortés.

Estas reflexiones se entregarían probablemente los individuos de aquellos dos ejércitos que estaban prontos para devorarse, cuando la noche estendió sobre ellos su negro manto, en cuyas espesas sombras vagaban los horribles espectros precursores de la muerte, y se oian los lúgubres gemidos de las muchas victimas que estaban preparadas para el sangriento sacrificio. Amaneció el día dos, y Calleja empezó á dictar ordenes para realizar un plan concebido y madurado con el curso de muchos días; á la vez que en la plaza por no haber una inteligencia militar que contrarestara á la del caudillo castellano, no se hacia otra cosa que hacinar desordenadamente aquella multitud de mal formados batallones, para entregarlos á una muerte sin fruto inmediato para la causa, en cuyo bien se sacrificaban tantas victimas.

A las once de la mañana del día dos, se rompieron los fuegos que parecia iban á decidir aquella terrible contienda, que desde su principio se habia marcado con regueros de sangre y todos los horrores de la desolacion; por un momento, se sostuvo con igual actividad por ambos ejércitos; pero precipitadas las columnas de ataque sobre las trincheras de la plaza y dirigidas sus operaciones con acierto y bizarría por los gefes Garcia Conde, Castillo Bustamante, Jalón y el mismo Calleja, flanquearon los defensores de la plaza y entrando luego en la confusion precursora siempre de una derrota completa, huyeron por el punto

to que estaba libre de los realistas, y los pocos que quedaron en la plaza cayeron prisioneros, quedando Calleja dueño de cuántos elementos se habían aglomerado para la defensa que al fin no pudo hacerse por falta de un genio, que parece negaba Dios en castigo de no corresponder los defensores de la independencia, á lo que pedían de ellos los derechos de un pueblo abrumado de pesares y los principios inflexibles de la justicia.

Calleja estaba empeñado en este triunfo, no solo por destruir aquella gran reunion de enemigos, sino principalmente, por lavar la ignominia que habia caído sobre las armas reales despues de dos derrotas consecutivas, y tambien por sofocar el germen de vida que habia aparecido para la independencia del pueblo mexicano, en la instalacion de la junta gubernativa, que era el primer ensayo de la practica de su autonomia; pero su mismo furor y la precipitacion con que Rayon abandonó la plaza, vinieron á contribuir para que el triunfo de Calleja en Zitacuaro se convirtiera en una verdadera derrota para la causa ya gastada del gobierno virreinal. Y no es que se habia gastado esta causa por el curso de trescientos años, sino por haber carecido de justicia desde su instalacion, que si la hubiera tenido, despues de su existencia secular se habria ostentado lozana y vigorosa, porque la verdad y la justicia, es aquella hermosura siempre antigua y siempre nueva, que tiene el privilegio de rejuvenecer en proporcion que cuenta mas dias de existencia.

Rayon dejó en su casa muchos papeles que formaban el archivo del gobierno; y entregándose á su lectura todos los gefes y oficiales del ejército de Calleja, vieron que no era una rebelion caprichosa la que ellos andaban combatiendo, sino la sagrada causa de la libertad de un pueblo, si bien desfigurada con los horrores á que la muchedumbre se entregaba por el mal impulso que desde el principio dieron á este movimiento

sus primeros caudillos. Esta lectura causó en el centro del ejército de Calleja, lo que no habian podido hacer los cañones de los insurgentes, asestados sobre sus pechos para derramar la muerte: inocularon en el corazon de los gefes realistas que no eran europeos, la inclinacion á la causa, que era la del pueblo á quien pertenecian por naturaleza, y desde entonces, se notó ya en este ejército cierta flojedad en sus operaciones, que era la señal mas segura de que la estrella de la causa realista declinaba para ponerse en su ocaso de donde jamas volveria á levantarse.

Otra de las causas que contribuyó al desprestigio de la causa virreinal, fué el furor que Calleja no supo reprimir despues de su victoria. Su primer acto, fué entregar el lugar proscribido al saqueo de sus soldados, y fusilar al subdelegado con otros diez y ocho individuos de los prisioneros. En seguida publicó un bando, que es una de tantas pruebas de las desgracias que ocasionan á los pueblos, los legisladores que teniendo por escanos las curenas de los cañones, escriben las leyes con la punta de su espada, empapada en la humeante sangre de sus víctimas. Este terrible decreto, que parecia salir de las pasiones moradas de la muerte, inspirado por la rabia de las furias que habitan en aquel lúgubre albergue, mandaba que todos los eclesiasticos asi seculares como regulares fuesen llevados á Valladolid á disposicion del Obispo: que todos los demas habitantes sin distincion de sexo ni edad, salieran del lugar, que á la salida del ejército debia ser entregado á las llamas: que los indios quedaban privados de los privilegios y derechos que repetidas disposiciones reales les habian acordado; y que todas las tierras serian aplicadas para la real hacienda. Se declaró que en estas formidables penas incurriria cualquier lugar que admitiese en su seno á Rayon ó los demas individuos de la junta: se mandaron arrazar quince pueblos inmediatos á Zitacuaro; y este lugar desgraciado vió salir de su

Calleja y Rayon

señal a sus vencedores al siniestro resplandor de los fuegos que se levantaban por todas partes, consumiendo y reduciendo a papezas aquellos edificios donde habían resonado los acentos del triunfo de los independientes y donde se había hecho el primer ensayo de su soberanía.

Como se ha dicho, Portier debió asistir con las fuerzas de Toluca al ataque definitivo de Zitácuaro; su objeto era impedir que se comunicasen algún auxilio los defensores de la plaza y las fuerzas de Tenango: a estos debía Portier simular un ataque para llamarles la atención é impedir fuesen á reforzar las trincheras de Zitácuaro. Efectivamente el 28 de Diciembre se presentó Portier frente al cerro de Tenango y atacando el fuerte por el frente con una parte de su fuerza, hizo que la otra volteara el cerro y atacara al enemigo por la espalda, fiando esta operación á los gefes Michelena y Calderon; los cuales la ejecutaron tan perfectamente, que para la entrada de la noche estaban en posesion de todas las posiciones que el enemigo tenia en el cerro, con la artilleria que la guarnecia, y todo el ejército entro en el pueblo ya sin resistencia. Con la misma facilidad siguió á Tenancingo, que fué abandonado sin presentar allí ningun ataque y todos los insurgentes se replegaron á Tecualoya, donde fueron batidos y derrotados el dia 3 de Enero. De esta manera, cuando Calleja triunfaba en Zitácuaro, Portier habia dispersado la fuerza que Oviedo tenia en Tenango, Tenancingo y Tecualoya; habia destruido las fortificaciones de estos lugares, las fábricas que tenian establecidas para construir parque y otros útiles de guerra; y si las dos fuerzas vencedoras se unen para atacar al ejército de Morelos que se dirigia para aquellos lugares, probablemente acababan con el poder de la insurreccion, que no hubiera podido resistir mas á los esfuerzos del gobierno vireinal.

Esto mismo prevenia Venegas, y con tal fin ordenó á Calleja, para que sin pérdida de tiempo marchara de Zitácuaro á unir-

se con Portier, para que con toda esta fuerza procurara la destrucción del ejército de Morelos que era lo que inspiraba cada dia serios temores en México, así por la regularidad de todas sus operaciones, como por los gefes, que tan noblemente secundaban las miras de su gefe principal, pues cada uno de los nombres de los Bravos, Galeanas y Matamoros, importaba por sí solo un triunfo para el partido de la independencia y una gloria para la causa nacional. Pero Calleja espuso que ni el estado de su fuerza le permitia emprender aquella nueva campaña, ni era prudente dejar abandonadas las provincias del centro, donde sin la presencia del ejército, los insurgentes se apoderarian de las principales poblaciones y con los recursos que de ellas tomaran, y la esperiencia que diariamente adquirian en la guerra, podrian poner en un grave conflicto al gobierno. Estimulado por estas razones, y por la simpatia que tanto él como todos los gefes de su ejército, tenian en las provincias del centro, marchó á Maravatio.

El obispo de Michoacan, el Sr. Abad y Queipo, apoyó las razones en que Calleja fundaba su escusa, el cual por otra parte aconsejaba que para abrir la campaña sobre Morelos se formara otro cuerpo de ejército con las fuerzas de Toluca, México y Puebla, y tres mil hombres que se esperaban de España, como efectivamente llegaron en esos dias á Veracruz en los navios Niño y Algeciras, los batallones 3.º del regimiento de Asturias, 1.º del de Loyera y el 1.º del regimiento de infanteria americano, con los gefes Enriquez, Urrutia, Olazabal y conde de Castro Torneio. Venegas no desconocia la fuerza de las observaciones de Calleja, apoyadas por el Sr. Abad y Queipo; pero aun no llegaban á la capital los refuerzos de España, y siendo urgente la necesidad, porque habiendo triunfado Morelos hasta apoderarse de Tasco, estaba en disposicion de marchar sobre Portier, repitió las ordenes mas terminantes para que Calleja cumpliera con las que antes se le habian dado.

Calleja y Portier

Mientras así se perdía el tiempo en estas contestaciones, Morelos salió de Tasco para reforzar las fuerzas de Oviédo, que auxiliado de Galeana recobró a Tecualoya: pocos días después llegó el mismo Morelos con D. Nicolás Bravo y Matamoros; y después de una refriega en aquel lugar donde pocos días antes había sido vencedor Portier, tuvo este jefe que retirarse á Tenancingo. Allí fué atacado el 22 de Enero, y se vió precisado á salir, habiendo perdido á su segundo Michelena, y llevando heridos á muchos de sus principales oficiales y bastantes soldados. Como es natural, en la salida perdió los once cañones con que contaba, y con toda su gente desmoralizada y en el mayor abatimiento, regresó á Toluca, dejando á Morelos en posesion del terreno que poco antes habían logrado restaurar las tropas reales. De este modo, Calleja vino á cooperar para la gloria de Morelos y sus compañeros, la cual se habría eclipsado si ocurre en auxilio de Portier como se lo previno el virey. El jefe español fuera porque estaba convencido de la fuerza de sus razones, ó por dar pábulo á sus resentimientos con Venegas, ó por no oponerse á empañar el brillo de sus armas chocando con el mas formidable enemigo que se había levantado, permaneció en Maravatío, obstinado en no cumplir con las órdenes del virey, mientras Morelos después de su triunfo de Tenancingo, volvió por Cuernavaca á ocupar la tierra caliente, para abrir la campaña que creía lo pondría en posesion de la provincia de Puebla.

Cuando Calleja se veía ya obligado á la marcha sobre el valle de Toluca á salir al encuentro de Morelos, pidió su retiro como ya en otra vez lo había hecho; pero en esta Venegas no creyó de mucha importancia ya la presencia de Calleja en el ejército, porque creía reemplazarlo con los jefes que llegaban de España, y contestó anente, nombrando al brigadier de marina D. Santiago Trizarrí, para que lo sucediera en el mando. La variacion de general produjo gran descontento en el ejér-

cito que representó al virey desde Toluca con fecha 30 de Enero, para manifestar el deseo que tenia de no servir á las órdenes de otro jefe que Calleja. Con esto, la cuestion se iba acalorando y las circunstancias eran muy críticas para provocar un conflicto grave, por lo cual Venegas ordenó que Calleja marchase á la capital con su ejército, donde se prometía arreglar las dificultades que se presentaban por aquella desavenencia.

El ejército marchó para México, y se dispuso su solemne entrada el dia 5 de Febrero, en que se celebraba en aquella ciudad la festividad de San Felipe de Jesus, toda la calle de San Francisco y Plateros estaba primorosamente adornada, para que pasara la procesion en honor del Santo, y se eligió este punto para que desfilara el ejército, cuya entrada se quería fuera muy solemne para conmovér los animos, que ya vacilaban en virtud de los triunfos de Morelos. Calleja desplegaba en este dia toda la importancia que le daban sus triunfos: iba delante de la columna rodeado de muchos jefes y los dragones de su escolta, y al pasar en la calle de Plateros, por frente á un altar en que se había puesto a la pública veneracion la imagen de San Felipe de Jesus, se alborotó el caballo del director de artillería D. Judas Tadeo Fornós, y para no darse de manos, dió al general Calleja un golpe en la cabeza, haciéndolo caer al suelo, cayendo tambien el mismo comandante Fornós. Los afectos á la independencia se alegraron mucho de este incidente, no solo por ver humillado al jefe español en los momentos que mas ostentacion hacia de sus victorias sobre la insurreccion, sino que recordando la borrasca que armaron los realistas de la capital, con el prodigioso suceso de la palma que apareció en el cielo como precursora de la victoria de Zitacuaro, opusieron un prodigio á otro, y tuvieron como un feliz anuncio para la causa nacional, que los dos jefes españoles hubieran sido derribados de sus caballos ante el al-